

UNIVERSIDAD DE CHILE ** FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

El Autor de la Semana

Oswaldo Wegmann

Dos Narraciones de
«El Cementerio de los Milodones»



El Autor de la Semana - © 1996-2000 Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Chile

Selección y edición de textos: Oscar E. Aguilera F. (oaguiler@uchile.cl)

Contenido

Oswaldo Wegmann	3
El Cementerio de los Milodones	4
¡No te abandonaremos!	14



El Autor de la Semana



Oswaldo Wegmann

(1918-1987)

Nacido en San Julián, Argentina, de padre suizo y madre chilena, transcurrió sus años de niñez y juventud en Puerto Natales, trasladándose más tarde a Punta Arenas, nacionalizándose chileno de acuerdo con las leyes vigentes. Sus dotes literarias afloraron a temprana edad, transformándose en uno de los más destacados periodistas de la Patagonia y en uno de sus más prolíficos escritores. Como periodista, fue director del diario «La Prensa Austral» por más de veinte años. Fue declarado Hijo Ilustre de Puerto Natales (1974), nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua (1979), recibió la Medalla Municipal de Punta Arenas (1981), y fue galardonado como Ciudadano Distinguido de Magallanes (1982). Participó en varias campañas arqueológicas en la Patagonia. Fundador del diario «El Austral» de Puerto Natales e incluido en varias antologías y textos escolares, publicó los libros de cuentos «Tierra de alacalufes» (1953), «El sueño del ballenero» (1968), y «El cementerio de los milodones» (1984, Premio Municipal de Santiago de Chile, 1985). En el género de la novela editó «La tierra de las discordias» (1955), «El camino del hambre» (1970), «Primavera en Natales» (1973), «La última canoa» (dos tomos, 1977), además de «El tesoro del capitán Garfio» (edición póstuma, 1993). También publicó «Magallanes histórico» (1974).

Oswaldo Wegmann

El Cementerio de los Milodones

Los caballos cansados, con las cabezas gachas, tranqueaban por el cañadón donde remolincaba el «pampero», que curtía nuestros rostros barbudos y polvorientos. El Río de las Vueltas arrastraba un enorme caudal de aguas de los deshielos primaverales. Era un día de sol y de viento, muy común en la Patagonia Argentina, en la región del lago Wiedma.

Carlos González, mi compañero, detuvo la cabalgadura y lanzó una exclamación, señalando con su índice moreno, el faldeo de la loma:

—Allá está la tumba de Alberto Conrad.

—¿Dónde? ¿Allá?

Apuramos los caballos, al galope por el campo, en dirección a la cerca de palos labrados, sobre la cual, una gran cruz de madera se recortaba en el cielo azul.

El pasto había crecido y tapaba las flores que en un tiempo existieron sobre la tierra negra, que cubría los restos del descubridor del más extraño fósil hallado en la Patagonia chilena. En la cruz, en bajo relieve hecho a cortaplumas, se leía:

ALBERTO CONRAD
(Q.E.P.D.)
Fallecido en Febrero de 1931

—Es interesante —me dijo González—. Yo había estado varias veces en estos parajes, sin advertir la importancia que pudiera tener esta sepultura, para una información periodística. Vale la pena destacar la vida de este hombre. Su descubrimiento, en el aspecto arqueológico, ha sido uno de los más valiosos que se han realizado en Magallanes...

—Sin duda alguna. Lamentablemente el milodón no quedó en Chile. Se lo llevaron a Londres.

—Así fue. Debiera existir una ley, que prohíba llevarse esas cosas de Chile, para ir a enriquecer museos extranjeros.

Nos apeamos y maneamos los caballos. Yo estaba adolorido por la larga cabalgata y sentía la rara sensación del novicio o de quien durante mucho tiempo no ha montado. Me parecía andar aún con las piernas abiertas sobre los bastos.

Extraje la máquina fotográfica de la maleta que llevaba atada a la montadura, y junto con mi compañero, inspeccioné la tumba de Alberto Conrad. Era ya Primavera y el pasto verdeaba. Sentí un olor fuerte a yerbas frescas, que agradaba.

El viaje lo habíamos hecho a caballo desde Puerto Natales, Carlos González y yo, con el objeto de visitar las distintas regiones que circundan el lago Wiedma, pues me había hecho el propósito de escribir

amplias informaciones sobre la vida y sacrificios de la gente que vive en esos parajes.

Carlos González me acompañaba gentilmente. Eramos viejos amigos y habíamos viajado juntos por otros lugares. Él conocía el lago Wiedma, y sabía donde estaba la tumba de Alberto Conrad, el marinero alemán que en el año 1898 descubrió, en una caverna de Ultima Esperanza, los restos fósiles del más extraño animal prehistórico hallado en América: el milodón.

—¿Sabes tú cómo murió? —pregunté.

—Sí, loco. Dicen que en los últimos tiempos vagaba por los cerros, juntando piedras y decía que era oro.

—Nadie se atrevía a entrar en su cabaña. Amenazaba a la gente con su escopeta y si alguien hubiera osado violar su domicilio, es seguro que habría muerto de un tiro. Durante mucho tiempo se creyó que tenía oro en realidad, pero...

—Sí, cuando lo encontraron muerto dentro de la cabaña se desengañaron. El oro de que hablaba no existía. Eran puras piedras o cuarzo que abundan en las montañas rocosas, cerca del lago San Martín. Los caballos relincharon.

Extrañado miré hacia el río y vi que a lo lejos venía un jinete al galope.

—Debe ser un puestero —dedujo González.

Yo esperé sin decir nada. No sé por qué sentía un extraño temor y, obedeciendo al instinto, tanteé bajo el saco de cuero, junto a la cintura, para cerciorarme de que aún llevaba mi revólver.

—Es Bernardo —exclamó contento Carlos González—. Otro loco, igual que Conrad, que anda varios años por estos lados buscando oro; pero que siquiera encuentra algo, aunque no le luce, porque vive pobre como rata.

Se acercó el jinete y detuvo su caballo. Nos saludó en voz alta, con un notable acento alemán. Luego se apeó y se acercó a nosotros.

Como si supiera en las gestiones que andábamos se aproximó a la reja, cuyos altos palos le llegaban a la barba poblada y grisácea. Meneando la cabeza dijo, dirigiéndose a mí, con mucha confianza:

—Malo, malo. El pobre Conrad no tenía por qué haber muerto. Usted no sabe qué secretos guardaba. Con él cometieron una injusticia. Primero le robaron el milodón y más tarde el oro...

—Pero ¿es verdad? —le interrogué, sorprendido.

—¡Donnerwetter! —exclamó en alemán—, si éramos como hermanos y yo sólo conocía su secreto.

González me miró de reojo, haciéndome un guiño. Comprendí que debía seguir la conversación con nuestro extraño visitante, que era de gran interés, por supuesto, aun cuando se trataba de uno de los tantos paranoicos, producto de la soledad y de largos años de continencia, que vagan por esas regiones.

—Entonces ¿usted conoció a Conrad?

—Éramos paisanos. Yo anduve con él de marinero en los buques a vela y nos volvimos a encontrar aquí, después de muchos años.

Extraje mi cigarrera y le invité a fumar. Aceptó con gusto y me dijo, interesado...

—Usted no es campesino ¿verdad?

—En realidad, no trabajo en el campo. Me interesan estas regiones y por eso las vengo explorando. Yo me dedico a otras cosas.

—¿Fotógrafo? ¿Periodista? —me preguntó.

Quedé asombrado.

—Lo deduzco, porque los campesinos no usan esas pitilleras, ni botas como las suyas. Usted no tiene manos como para suponerlo peón de estancia. Además, no creo que haya llegado hasta por acá para hacer turismo. Debe haberlo traído algo interesante... Seguramente la historia de Alberto Conrad.

¡Y a ese hombre lo llamaban loco! A pesar de su acento alemán, se expresaba con bastante facilidad en castellano. No era ningún tonto.

Precisamente, he llegado a estas regiones por asuntos periodísticos. Quiero escribir una historia de la Patagonia y me interesan algunos datos sobre el descubridor del milodón. Supe que aquí está sepultado y he venido a fotografiar la tumba y a tratar de adquirir algunos antecedentes relacionados con sus últimos años de existencia.

Bernardo se sentó en el pasto. Fumó pensativo, escupiendo las hebras de tabaco que se pegaban en sus labios, y miró hacia arriba. Sus ojos eran bien azules. Hacían contraste con su cara curtida y sucia de vagabundo de los campos.

—¿Usted es inglés? —me preguntó interesado.

—No, soy chileno —le contesté, adivinando sus temores—; soy de ascendencia escandinava.

Siguió fumando, pensativo. Estábamos en el tiempo de la guerra y los alemanes no eran muy bien vistos. Bernardo era uno de los tantos que se encontraban lejos de su patria más de un cuarto de siglo. No sabía siquiera lo que ocurría en Europa.

—Yo soy alemán —me dijo—; me llamo Heimpel. Hace muchos años que vivo por esta región del lago. He encontrado mucho oro. Pensaba volver a Europa; pero esta maldita guerra me lo impedirá. Si termina, quizás....

González, a mi lado, me miraba sorprendido. Luego me hizo un gesto, como insinuándome seguir la conversación con nuestro extraño amigo. Yo no sabía qué decirle. Hubiera querido preguntarle muchas

cosas, pero no me atrevía. Sin embargo, advertía que él se encontraba dispuesto a hablarme. Quizás sentía necesidad de comunicarse con alguien, y a su parecer había encontrado finalmente a una persona que lo escuchaba y que no lo llamaba loco, o que al menos no trataba de decírselo, como los demás.

Después se levantó, mirándome con curiosidad y me dijo:

—¿Usted iba a fotografiar la tumba de Conrad? Hágalo. Yo me voy...

—No. No se vaya. Tenemos que conversar mucho —le rogué—. Espere.

—Sí, me voy... —me afirmó e hizo ademán de dirigirse al caballo. —Wollen Sie nicht eninen Moment warten? —le pregunté en alemán—, intencionalmente.

Bernardo Heimpel me miró extrañado. Abrió desmesuradamente sus ojos azules y una sonrisa se dibujó bajo su barba, dejando ver los dientes delgados, amarillos por el tabaco. Y en su idioma respondió:

—Sí, me quedaré. Hace mucho tiempo que no me encuentro con alguien que hable alemán. Tome usted esa fotografía; pero, por favor... yo no deseo salir en ella... no me interesa... tampoco quiero...

No se dejó fotografiar, por más que se lo pedimos. Sin embargo se mostró alegre y comunicativo, y nada en él nos hizo suponer que se trataba de un loco. El caballo pastaba a su lado y él se acercó a ponerle la manea. Volvió junto a nosotros y nos dijo:

—Yo tengo hambre. ¿No traen algo para hacer de comer? Aunque fuera un poco de café y pan...

—Sí, haremos fuego aquí mismo, para hervir agua —le respondió González—, y se acercó a su caballo, para desatar de la montura la alforja en que traía los utensilios de cocina.

Bernardo comenzó a buscar leña por los alrededores, acción que yo imitaba, mientras me decía:

—Yo sé que usted me supone loco. Estoy seguro de que no cree nada de lo que le he dicho. Pero, Conrad tenía oro...

—Lo sé —le respondí—. Mi abuelo conoció también a Conrad y a menudo me habló de sus aventuras. Por él sé la historia del hallazgo del milodón.

—¿Quién era su abuelo? —me interrogó sorprendido.

—El capitán Larsen, Enrique Larsen, de Punta Arenas —le contesté.

—¿El capitán de la «Florence Munzy»?

—Él mismo... yo soy su nieto.

—¡Donnerweter! —exclamó otra vez y me miró asombrado. Se pasó la mano por la barba, muy pensativo, y me preguntó:

—¿Usted es hijo de la María?

—Sí, ¿la conoce?

—Pero, claro. Hace muchos años que no la veo, desde que era muy niña. Ella no sabe, seguramente, que estoy convertido en un ermitaño. Yo era muchacho cuando Conrad encontró el milodón. Después lo acompañé por estos lados, y con él hice un hallazgo sensacional. Tú no sabes, hombre, —comenzó a tutearme— la tremenda historia de Alberto Conrad y el mayor de sus descubrimientos. Lo sé yo, yo solamente, y no quiero revelarlo a nadie... a nadie... ¿comprendes? Yo sé donde hay cientos de milodones, como el que Alberto Conrad encontró en la caverna.

Lo miré sorprendido. Ahora sí que me parecía que estaba en presencia de un demente. Nos acercamos a la fogata que había encendido González y le amontonamos leña. Mientras mi compañero salía a buscar agua a un chorrillo cercano, Heimpel me decía:

—Cuando Alberto encontró los restos fósiles, con la emoción de Otto Nordenskjold, los ingleses los compraron y se los llevaron al museo de Londres. El no percibió nada. Lo privaron de una fortuna que le correspondía legalmente. En 1908 se vino a vivir a estas regiones y habitó este valle, que se llamaba del río de las Vueltas, pero que ahora todos denominan valle del Milodón.

«Cada cierto tiempo se perdía y se iba por la cordillera en dirección al lago San Martín. El encontró un camino que conduce desde la laguna del Desierto hasta los canales del Pacífico. Por allí hay un lugar en que abunda el oro. Conrad había acumulado mucho. Lo guardaba en su cabaña y no dejaba a que nadie se acercara a ella, temiendo que se lo robaran. Un día lo encontraron muerto, y en lugar de oro, sólo hallaron extrañas piedras y cuarzo. Conrad no estaba loco. El oro existía y alguien se quedó con él. Es tan cierto como el hallazgo del cementerio de los milodones.

El solitario me tenía intrigado. Resolví interrogarlo sobre este asunto, cada vez más extraño.

—Pues, te voy a contar como una deferencia especial —me advirtió. Lo hago porque conocí a tu abuelo, y él tuvo algo que ver con las aventuras de Alberto. Tú sabes que los elefantes, cuando se sienten enfermos, se van a morir a un mismo sitio. Por eso nadie encuentra los restos, diseminados por la selva.

«Eso se le ocurrió a Alberto Conrad, pensando en el milodón. Era imposible que una especie de animales mamíferos, a la cual pertenecía esa bestia petrificada, hubiera desaparecido sin que quedara más que un solo ejemplar. Seguramente eran animales, que igual que los elefantes, iban a morir todos a un mismo lugar. Se trataba entonces de encontrar ese cementerio, y para eso había que recorrer toda la región que circunda el lugar donde está la cueva del milodón.

«Conrad caminó hacia el Norte, primero, luego varió un poco sus rumbos, hasta llegar a...

—¿A dónde, Bernardo?

—Al lugar en que encontró el cementerio.

—¿Usted sabe dónde queda?

—Sí, pues he estado allí. Es un lugar maravilloso rodeado de ventisqueros. Cuesta mucho llegar. Conrad me llevó una vez, hace algunos años; pero me hizo prometerle que no le diría a nadie donde queda...

—Me gustaría conocerlo —le confesé, por decir algo, pues no tenía ninguna confianza en sus palabras y no creía que, de ser verdad, accedería a conducirme.

Quedó pensativo un momento. Le invité otro cigarrillo. Lo encendió y comenzó a fumar. Fumaba y pensaba. Tal vez le resulté simpático y estaría tratando de hacer una excepción conmigo.

—¿Tú crees todo lo que he dicho? —me preguntó.

—¿Por qué no? —le respondí—. Yo sé cosas de Conrad y su historia. —¿Por qué no ha de ser cierto eso del cementerio de los milodones?

—Pero, después revelaría donde queda el cementerio y vendría la gente a buscar los esqueletos petrificados.

—No, no lo haría. Me interesa sólo conocer el lugar, ver los milodones, palparlos, fotografiarlos y escribir la información más sensacional de mi vida: «El cementerio de los milodones». Esa sola historia me daría una fortuna, pues la vendería a los periódicos extranjeros.

—Pues, si tú quieres, puedo llevarte a ver esa maravilla. Pero será con una condición. Tú no veras el camino que irás recorriendo. Andaremos de noche, solamente, y con mucho cuidado, porque recorreremos regiones peligrosas.

El loco Heimpel me tentaba con la proposición de una gran aventura. Yo no podía desperdiciar la oportunidad. Pero dudaba de que Carlos González creyera en la historia del cementerio de los milodones y quisiera seguirnos. Le dije a Bernardo que debía acompañarnos nuestro amigo. Aceptó advirtiéndome que él tampoco debía saber el recorrido que haríamos. Al cabo de un momento llegó Carlos González, y cuando le conté el asunto, dudó un poco, pero luego dijo:

—De todos modos ¿quién dice que no puede ser verdad?

Mi amigo estaba más entusiasmado que yo por la aventura. Mientras calentaba el agua, me decía:

—Este valle conduce al lago San Martín, hacia el N. W. Siguiendo el río de las Vueltas se llega a la laguna del Desierto, que tiene como quince kilómetros de largo. Es en las cercanías del Fitz Roy, ese cerro fantástico, en cuyas inmediaciones debe estar el cementerio de los milodones.

Bernardo Heimpel recogía leña por los alrededores. Carlos lo observaba con disimulo y en voz baja me recomendaba:

—Hay que llevar los cálculos para saber donde queda ese sitio. Conviene que te fijas a menudo en la brújula de bolsillo, el rumbo que tomamos en la marcha y las horas de viaje, para calcular las distancias recorridas. Algún día podremos volver y hallar ese cementerio, si es que existe.

Me gustaría visitarlo, aunque fuera para fotografiar todo eso y escribir una crónica sensacional.

Hirvió el agua. Llamamos a Bernardo y preparamos café. Diez minutos después, mientras sorbíamos la infusión caliente, hacíamos los planes para el viaje. Saldríamos al día siguiente, al atardecer. Heimpel tenía que ir primero hasta su cabaña a recoger sus armas, tabaco y unas mantas. Nosotros pasaríamos a un puesto a buscar nuestros caballos cargueros, en que transportábamos la carpa y las provisiones.

Estábamos ante la proximidad de una gran aventura. La cordillera nos revelaría uno de sus más grandes misterios ocultos. Un hombre loco nos llevaría a través de las regiones montañosas, hacia un sitio extraño, donde cientos y cientos de animales prehistóricos dormían su sueño milenario. Era un lugar donde existía una fortuna incalculable para enriquecer museos.

Partimos ese mismo día, cuando las tinieblas de la noche comenzaban a tenderse sobre el valle.

Bernardo Heimpel nos hizo andar hacia el Oeste —lo comprobé en la brújula de bolsillo— y él siguió detrás durante varios minutos. Luego se juntó con nosotros y finalmente se puso a la cabeza de la pequeña caravana.

El solitario del río de las Vueltas iba muy contento. Conversaba animadamente conmigo, hablándome en su idioma patrio; pero luego, al reparar en González, repetía las palabras en castellano.

Al aclarar nos pidió que acampáramos. Levantamos un toldo, para repararnos del viento; buscamos leña y encendimos una fogata, para cocinar algunos alimentos. Después tendimos las mantas para dormir, pues habíamos pasado la noche entera andando y nos dominaba el sueño.

Todo el día estuvimos en ese sitio, y al anochecer reanudamos la marcha. Bernardo nos llevó por lugares apartados, donde sentíamos que el aire era más helado. Seguramente viajábamos por las proximidades de un gran ventisquero. Así lo comprobamos cuando horas más tarde salió la luna. El paisaje se iluminó por completo. A lo lejos las masas de hielo reverberaban como lentejuelas.

Un cerro de enormes proporciones se veía a la distancia. Igual que una torre colosal se levantaba un picacho de hielo eterno.

—Es el Fitz Roy —me dijo González en voz baja, mientras Bernardo marchaba adelante—; yo conozco esta región. Seguramente nos lleva en dirección al Pacífico, en busca del seno Eyre. Todas estas zonas son casi inexploradas.

No es muy difícil recordar la ruta por la que nos conducía Bernardo Heimpel. Casi todo el tiempo llevábamos la misma dirección, con un poco de variación hacia el N. W. A veces torcía el rumbo para eludir cerrilladas, ríos o lagunas. Seguramente nos creía inexpertos y pensaba que no nos daríamos cuenta por qué parajes nos encaminaba.

Así anduvimos tres noches seguidas, durante las cuales nuestro hombre marchó siempre adelante, sin hablar, mudo. Recorrimos trechos enormes, siempre más arriba, por montañas nevadas, rocas cubiertas de lajas, donde la altura hacía el aire más helado y el viento azotaba inmisericorde. Estaba por aclarar, cuando nos condujo a un valle, donde había un poco de vegetación. La Luna nos ayudó a ubicar el lugar donde dijo que acamparíamos durante unas horas, a esperar el día.

—¿Para qué? —le pregunté.

—Hoy llegaremos al cementerio de los milodones y debemos verlo a plena luz.

Ya estábamos cerca. Pensamos que no era un lugar tan extraño ni tan difícil de volver a encontrar. Pero cuando comenzó a aclarar el día, nos dimos cuenta de que nos encontrábamos frente a un paisaje inesperado, insólito. La cordillera se levantaba ante nosotros y un abismo se abría, dividiéndola en dos partes. Era la entrada principal, que daba acceso al lugar misterioso donde dormían los milodones desde hacía miles de años.

Era ya de día. El Sol estaba alto cuando Bernardo Heimpel decidió seguir viaje. Montado en su caballo nos señaló un punto en la distancia.

—Allá abajo es —nos dijo—. Síganme, pero no muy de cerca. Yo iré buscando el camino. Es muy peligroso, porque el hielo se desprende a veces. Hay que bordear esta montaña rocosa, frente al ventisquero.

Nosotros lo seguimos, muy emocionados. Nos hallábamos próximos al gran descubrimiento que durante varios días nos tenía seriamente preocupados. Dentro de pocos minutos nos encontraríamos ante cientos de milodones, que en ese lugar perdido se hallarían desde tiempos prehistóricos.

Finalmente nos detuvimos al borde del abismo. Las gigantescas moles formaban una gran muralla que cercaba el lugar de descanso eterno de las bestias desaparecidas. Era un pozo tremendo, de una profundidad aproximada a los quinientos metros. Y abajo, sí los vimos, con nuestros propios ojos, como pequeños puntos, los esqueletos petrificados de los milodones.

Bernardo lanzó una carcajada que nos hizo estremecer. Era una risa de loco. Lo miramos enfadados y temerosos, cuando extrajo su revólver.

—No se asusten —nos advirtió—, quiero probar si hay peligro de que se desplome el ventisquero. Y disparó un tiro, que sonó seco en aquel lugar, repercutiendo infinidad de veces en las profundidades del abismo.

—Ustedes deben saber —nos dijo— que un grito, un tiro u otro ruido, pueden producir el derrumbe de un ventisquero. No sé como es el asunto. El ruido produce el desequilibrio de las masas, tal vez... y se encogió de hombros mientras guardaba su arma. Enseguida nos ordenó que lo siguiéramos. Y comenzó a descender por las rocas, dando vueltas, dentro del abismo.

Caminamos durante un buen rato, con suma dificultad, descendiendo más de trescientos metros. Nos hallábamos ya sobre el cementerio, a poca distancia de los huesos de milodones que, petrificados, estaban ante nuestra vista descubiertos por un derrumbe. Era un espectáculo interesantísimo. El sol brillaba sobre el hielo del ventisquero, que como una pared ciclópea se elevaba desde las profundidades mismas hasta la cima, por donde habíamos descendido.

—¡Allá abajo están! —exclamó Bernardo— y señaló con el dedo. Divisábamos los restos fósiles confundidos entre las rocas y el hielo. No bajen ustedes. Yo iré primero, a ver como está el terreno. Hay

que tener cuidado, porque el ventisquero traiciona a veces. Ocurre que se desprenden trozos enormes. Quédense aquí arriba y esperen hasta que les haga una seña. Pero sigan por el mismo camino por el que bajé yo.

Y bajó, en efecto. Estaba contento y espoleaba el caballo con energía, agitando los brazos, como si tratara de ayudar a equilibrarse a la bestia. Nosotros lo seguíamos con la vista, mientras iba descendiendo.

—Abajo es pura piedra —me dijo González.

—Son restos fósiles. Son milodones petrificados —le contesté ¡Qué fortuna y qué lástima que este secreto esté en poder de un loco ¿Volveremos a buscar este tesoro?

—Tendremos que volver después de un tiempo. Menos mal que me doy cuenta del camino que tomamos.

—¿Estás seguro de que lo sabes? Veremos; porque Bernardo hizo muchos rodeos el último día.

Mientras tanto, el ermitaño ya había llegado al fondo del abismo. Lo vimos galopar entre las rocas y los restos firmes de los milodones. Se bajó del caballo y agitó las manos haciéndonos las señales convenidas. Momentos después escuchamos el eco de su voz. Había lanzado un grito, llamándonos.

Cuando nos disponíamos a seguirlo, Carlos González me detuvo.

—¡Cuidado! No bajes —me advirtió— ¿no sientes?

Miré hacia abajo y vi a Bernardo Heimpel correr desesperado en busca del caballo. Al mismo tiempo me atemorizó un rumor infernal que parecía venir desde lo más profundo de la oquedad y que repercutía en lo alto, multiplicado por el eco.

—¡El ventisquero se derrumba; Rápido, subamos!

—¿Y Bernardo?

—Está perdido.

Nos apresuramos, tratando de subir lo más arriba posible, mientras el ventisquero, que por años y siglos se levantaba en los parajes, se desplomaba dentro de la oquedad, donde quedaban sepultados Bernardo Heimpel y su cementerio de milodones.

Durante varios minutos tronó en el fondo del abismo. Una nube de polvillo de nieve se elevó hacia nosotros. La catástrofe ya no nos alcanzaba, aunque nos hallábamos distantes de la cima.

Bernardo Heimpel había perecido. El ciclópeo ventisquero cubría el enorme pozo donde quedarían sepultadas las bestias prehistóricas por la infinidad de los siglos, junto al hombre loco, que nos había llevado hasta ese extraño cementerio, a revelarnos un secreto, a mostrarnos una maravilla que sólo pudimos contemplar desde lejos.

Cuando escalamos la cumbre de la montaña cansados, pero felices, Carlos González extendió la mano hacia el Este y me urgió:

—Sigamos, quiero salir lo más pronto de este lugar maldito.

Y salimos. Yo marché detrás de él, sin hablar, durante varias horas. En la noche acampamos, y al amanecer reanudamos el camino. Así durante dos o más días, en que dimos mil vueltas, vadeando ríos, buscando pasos por las quebradas y barrancos, rodeando lagunas y chorrillos.

Una tarde, cuando yo no me daba cuenta en qué lugar nos hallábamos y González se desesperaba porque también se consideraba perdido, mi compañero lanzó un grito de alegría. A lo lejos se divisaba la torre inmensa del cerro Fitz Roy, que nos señalaba la ruta de regreso.

—De ahí queda el río de las Vueltas —me dijo—. Pasaremos de largo, derecho a Chile. Que nadie sepa esta aventura con el loco Bernardo. No nos creerían. No lo cuentes a nadie, porque nos tomarían por locos.

Yo asentí. Esto fue hace muchos años. Y ahora es la primera vez que lo cuento.



Oswaldo Wegmann

¡No te abandonaremos!

El pitazo de un buque pareció estremecer a los marinos, que conversaban en la cubierta del mercante, fondeado en Río Verde.

—Se va el «Patagonia» —dijo el sobrecargo del «Keel Row», como informando al capitán, que lo miró sorprendido, advirtiéndole que, efectivamente, el vapor se alejaba.— Hace poco embarcaron el último fardo.

—¿Y nosotros?

—Yo creo que si trabajamos hasta que oscurezca, en las primeras horas de mañana pondremos fin a la faena.

—Bien. Habrá que tener todo listo. Quiero zarpar pronto. Debemos estar cuanto antes en Punta Arenas.

El «Patagonia» se iba, al parecer bien cargado, pues no se le veía la línea de flotación. El negro penacho de humo se disolvía a gran altura. Las gaviotas revoloteaban, graznando, sobre la blanca estela. Se iban con el barco, tras los restos de comidas que los mozos arrojaban por el chute.

—Voy a ir a tierra por una hora o dos —anunció el capitán—. Tengo que ver a Adams.

—¿Le pido gente?

—No gracias. Iré solo en el chinchorro. No quiero molestar a la tripulación. Por lo demás, no sé cuanto tiempo voy a demorar.

—Está linda la tarde.

—Sí, no creo que se descomponga. Si sale viento, mándame el bote en dos horas más. Si no, no me esperen tan pronto.

—Bien. Saludos a mister Adams. Es un buen gringo. ¿Irás donde Henkes?

—No. Usted sabe que no lo visito. Adams es mi viejo amigo. Estuve con él esta tarde y me pidió que le hiciese unos trámites en el Consulado. Debe tenerme listos los papeles.

El capitán Morgan tenía alrededor de cincuenta años. Era inglés, formado en la marina mercante de su país, en los antiguos veleros, en los que cruzó los océanos como aprendiz y finalmente como piloto. Naufragó en las cercanías del Cabo de Hornos, donde fue rescatado por los tripulantes de una goleta lobera, a comienzos del siglo. Llegó a Punta Arenas y conoció a marinos de la flota regional. Supo que había muchos barcos que necesitaban pilotos capacitados y logró contratarse en la flota de Braun y Blanchard. Después de algunos años de navegar en la zona y por la costa argentina y de realizar viajes a Valparaiso, obtuvo su título de capitán.

El capitán Morgan era muy conocido por la gente de mar. Tenía fama de experto y de prudente. Además era un buen jefe. La tripulación lo quería, a pesar de que se mostraba siempre reservado, poco comunicativo y amigable. Él prefería reunirse con los gringos del puerto, en bares con ambiente internacional, tales como el «Neptuno», el «Scandinavien» y el «Helvetia». Entonces se le veía alegre, chispeante, y hasta canturreando, mientras vaciaba los bocks de cerveza o los vasos de whisky. No se había casado, pero se le conocía una amiga, a quien visitaba muy a menudo y con quien, se rumoreaba, solía beber sus tragos, mientras conversaban, nadie sabía acerca de qué.

Desde que tomó el mando del «Keel Row» le correspondió participar, todos los años, en el transporte de lana, desde Río Verde a Punta Arenas. En esa época, frente a la boca oriental del canal Fitz Roy, en el seno Otway, se había habilitado una caleta, cuya profundidad ofrecía condiciones de embarque, a los pequeños vapores del cabotaje.

En los meses de verano, que corresponden a la temporada de esquila en las estancias vecinas, la producción de lana era traída en grandes carretas, tiradas por varias yuntas de bueyes. Llegaba la lana de los establecimientos de Wagner, Laguna Blanca, Penitente, Montebello y todo el sector, que se depositaba en un gigantesco galpón, empleado a manera de bodega. A veces, cuando se atrasaban los barcos, se acumulaban los fardos de tal manera, que había que estibarlos al aire libre, frente al mar, cubiertos por enormes lonas.

El transporte de lana en carretas y su embarque en los buques del cabotaje, daba motivo a una intensa actividad laboral, en la que participaban cientos de hombres: peones, que estibaban los fardos; marineros de los barcos; cargadores, que embarcaban la lana en chatas atracadas al diminuto muelle, para ser remolcadas a remo, al costado de cada barco, donde chinguillo y pluma se encargaban de levantar la carga y depositarla en las bodegas.

En muchas ocasiones se producían temporales de viento, que impedían las faenas de embarque por algunos días. Entonces la gente permanecía en un ocio forzado y mataba las horas de tedio en las cantinas de los hoteles que había allí cerca. Eran tres casonas de dos pisos, construidas de madera y cinc, con piezas para alojados. En la planta baja estaban el comedor, el almacén, que ofrecía a los lugareños los objetos más variados y a los precios más altos, y la cantina, el sitio más concurrido. Los tres hoteles eran parecidos: desordenados, sucios, caros. Los tres igualmente concurridos, por carreteros y marineros, que a menudo se embriagaban y protagonizaban peleas, en las que sacaban a relucir sus cuchillos. Entonces había que llamar a la policía.

La comisaría estaba a tres kilómetros, hacia el oeste, por la playa, frente al canal, en una gran casa, que tenía dos pisos también. Felizmente había una línea telefónica, que conectaba la oficina de la compañía con la comisaría, donde había cuatro o cinco guardianes. El comisario era Mac Donald, el administrador de la estancia Cerro Bello, quien, no obstante ser inglés, servía el cargo ad honorem, seguramente porque sabía leer y escribir muy bien, lo que no podían exhibir sus subalternos.

La gente tenía sus preferencias, para acudir a uno u otro local. Los carreteros iban al hotel de Pisano, porque era chileno; los marinos preferían el ambiente del negocio del viejo Adams que era inglés y además, cultivaba una amena charla, luciendo sus experiencias, recogidas en otras partes del mundo. Y el resto frecuentaba la casa de Henkes, un holandés taciturno y misterioso, indiferente para unos e interesante para otros, porque lo creían distinguido.

Mister Mac Donald, el comisario, sólo visitaba la caleta. A menudo llegaba a caballo o embarcado en un sulky, en sus viajes entre la estancia y la comisaría. Solía tomarse un vaso de whisky en compañía de Adams y averiguaba como estaba el ambiente. Según los anuncios del hotelero, mandaba a sus guardias a hacer una ronda, pero trataba de que no fuese con frecuencia, porque los subalternos eran débiles de carácter y a menudo cedían a las cariñosas invitaciones de los carreteros, y cuando se producía un desorden, no estaban ya capacitados para intervenir, porque dormían la borrachera. No lo hacían todos. El cabo Bravo era más sobrio y más resistente y estaba generalmente lúcido, cuando los peleadores sacaban a relucir sus cuchillos. Entonces aparecía la autoridad, desenfundaba el revólver y con voz de trueno solía ordenar:

—¡Ya! a tranquilizarse. Guarden el fierrito y mañana se arreglan como hombres, a mano limpia. Ahora están muy curados.

Solía imponer su autoridad. Mac Donald se lo celebraba. Y decía:

—¿Para qué sirve la policía? ¡Oh! aquí no hay robos, ni muertes. El policeman tiene un solo trabajo. No dejar que se maten los chilenos cuando están curados.

Y reía, seguro de estar ejerciendo la autoridad con mucha justicia, en una región de mansos corderos.

El capitán Morgan se aprestaba a ir a tierra en esos instantes. Observó el chinchorro desde la escala. Tenía los remos sobre la bancada. A popa, en los palmejares, había una lona, blanqueada por restos de harina.

—¿Hago que la saquen? —preguntó el sobrecargo.

—No. Me puede servir. A lo mejor traigo algo de tierra —respondió el capitán, sonriendo.

—La carne la embarcaremos mañana, temprano.

—Bien. Traeré cualquier cosa. Me voy. No me espere antes de dos horas.

—Entendido. Yo estaré atento. Ahí viene otra vez la chata.

Una chalupa remolcaba la embarcación de fondo plano, que transportaba gran cantidad de fardos de lana. Los hombres remaban con energía.

El capitán Morgan bajó por los escalones y se detuvo en el rellano, al final. Desató la bosa, tiró para acercar el chinchorro y saltó dentro. La embarcación se bamboleó levemente, con la sonajera del agua que se escurrió bajo los palmejares. Tomó los remos y los colocó en los escalamos. Se sentó en la bancada y comenzó a maniobrar. Desabracó. El sobrecargo quedó mirándolo. Por la misma banda se acercaba la embarcación con la lana.

—¿Ya, niños? —exclamó el contramestre. Hay que amarrar la chata. Atención los del donkey.

Morgan bogaba preocupado. Su viaje a tierra no era de rutina, ni tampoco para una visita especial a su amigo Adams. La verdad es que tendría que verlo, conversar con él, pero por una cosa que le

preocupaba. Él había estado allí en la tarde, cuando llegaron dos policías conduciendo a un prisionero. Era un viejo inglés, de ojos azules. Había matado a tiros a un hombre, que trabajaba de ovejero en Cerro Bello. —Pero, ¿por qué? Le dijeron que fue de indignación, porque el otro contó borracho, que había asesinado a la familia de tehuelches, que días antes acamparon en la cañada, cerca de la estancia. ¿Qué tenía que ver este pobre gringo con los tehuelches? ¿Por qué mató al ovejero? Pero, eso no era lo que le interesaba tanto. Era ese rostro; sus pupilas azules; ese gesto triste que advirtió en las facciones del prisionero. Esos ojos los había visto alguna vez; pero hacía mucho tiempo. Ahora creía reconocerlo.

La tarde avanzaba. Morgan se dio vuelta para mirar hacia la playa, donde iba a varar el chinchorro. Y advirtió la ruidosa actividad de Río Verde. Llegaba una carreta cargada de leña. Los hombres, a caballo, con largas picanas, dirigían las yuntas de bueyes. Ladraban los perros, gritaban los peones, se sentía galopar los caballos, en un trajín, al parecer sin sentido.

Una chata, atracada al pequeño muelle del embarcadero, recibía fardos de lana para otro buque. Los obreros hacían rodar los poderosos bultos, riendo y gritando alegremente.

El capitán puso proa hacia la playa, frente al hotel de Adams. Allí había una piedra grande, tras la cual solía varar la chalupa. Metió la proa del chinchorro, dejó a un lado los remos y cogió la bosa, cuyo extremo ató al tronco de un calafate, que crecía muy cerca del agua. Se sobó las manos, se encajó la gorra y enderezó sus pasos hacia el hotel de su paisano.

Entró derecho al bar, donde destacaba un mostrador alto, tras el cual observaba James Adams, en mangas de camisa. A sus espaldas, un gran espejo biselado permitía ver lo que ocurría en todo el salón. Se saludaron cordialmente.

—¿Un trago, captain? —preguntó el hotelero.

—Sí, dame un whisky.

El otro lo miró sorprendido. Morgan solía comenzar con un par de cervezas. Pero no dijo nada. Tomó un vaso y la botella. Mientras servía, el marino observó por el espejo, a los dos hombres que estaban en un rincón. El paco Rosales, con aire de aburrido, vigilaba a su prisionero, que acusaba preocupación y tristeza. Estaba más bien deshecho.

—¿Qué pasa con el preso? —preguntó Morgan.

—No sé. Mac Donald, el comisario, está en Punta Arenas. Debe volver mañana. El cabo Bravo fue a llamarlo por teléfono. Lo están ubicando para pedir instrucciones. Creo que piensan mandarlo en un barco. En su barco, oí decir.

—¿En mi barco? —preguntó sorprendido—. No. —Y luego, mirando fijamente al prisionero, a través del espejo, agregó: —Sí, puedo llevarlo. ¿Es posible conversar con él? ¿Sabe cómo se llama?

—Sí, Evans.

—¿Evans? —Morgan se dio vuelta bruscamente—. ¿Se puede hablar con él? —insistió.

—¡Oh, sí! Varios lo han hecho. ¿Por qué no?

El capitán sorbió lentamente el whisky, hizo chasquear la lengua, en un gesto de complacencia, y luego cruzó al paso el salón. Rosales lo saludó con respeto.

—Buenas tardes, capitán.

—¿Qué pasa, hombre?

—Nada. Cuidando a este prisionero, —mientras mi cabo Bravo espera instrucciones. Creo que vamos a embarcarlo.

—¿Mucho rato esperando?

—Como tres horas. Desde que lo trajimos.

—¿Peligroso?

—No. Tranquilo.

El prisionero lo miró, nervioso, avergonzado.

—¿Tres horas, ah? ¿Y sin un trago?

—Sin un trago.

—Sírrete algo.

—Estoy de servicio.

—¡Anda, hombre!. No me vengas con esas. Si te he visto muchas veces de guardia, harto curadito. ¿O no quieres tomar conmigo?

—Pero... claro, capitán.

—¿Y él? —lo indicó con el pulgar— ¿puede tomar?

—Él no.

—No seas inhumano. Un vasito, no más. Quizás sea el último. En Punta Arenas no lo dejarán beber. Déjalo. Nadie dirá nada.

El preso se irguió sorprendido y en sus pupilas advirtió el capitán una expresión de gratitud. No parecía un asesino.

—¡Adams! Traiga dos botellas de vino —pidió.

—¿No será mucho?

—No, Rosales. Una cada uno. El preso nos ayudará con un vasito. Así estará más contento y no reclamará cuando lo embarquemos. ¿Crees que lo van a llevar?

—No sé. Yo voy a esperar órdenes.

Llegó Adams con las botellas y los vasos. Sirvió a los tres. El preso miraba nervioso.

—¿No lo has amarrado? —preguntó el capitán.

—¿Para qué, si ando con esto? —y señaló el Colt que le colgaba a la cintura.

—Parece que es tranquilo.

—Sí. Yo lo conocí por hombre correcto. ¡Gringo huevón! ¿Para qué se metió en líos? ¿Quién lo mandó a matar al otro?

—¿Por qué pelearon?

—Este le echó en cara que había matado a una familia de tehuelches, aquí cerca, hace pocos días.

—¿Y fue cierto?

—Sí. El finado dijo que era cierto y que era capaz de matar no sólo a los tehuelches, sino que a todos los gringos. Y éste se puso nervioso.

El preso agachó la cabeza.

—¿Es verdad? —le preguntó el capitán.

El hombre levantó los ojos. Estaban húmedos. Iba a estallar de impotencia.

—¡Por favor, déjenme tranquilo —rogó.

El capitán Morgan le llenó la copa.

—Sírvasse un trago —le dijo en inglés.

El otro lo miró con simpatía y sonrió.

—Thank you.

—Perdone que hable en inglés —dijo el marino al policía—, pero le ofrecía un trago.

—Sí, hable, no más. Yo sé que también usted es gringo legítimo.

—Este hombre ¿está mucho tiempo por aquí?

—No sé. Lo conozco poco años.

Morgan volvió a llenar las copas y pidió más vino. Está bueno —advirtió Rosales.

—Una botellita no es mucho. Además yo tengo que esperar, para saber a qué hora lo embarcamos, si es que vamos a llevarlo. Vamos a zarpar en la mañana.

Adams colmó los vasos.

—¿Siempre campesino? —preguntó Morgan, observando unos tatuajes en la muñeca del preso.

—No, antes fui marinero.

—¿En Inglaterra?

—En barcos ingleses.

—¿Veleros?

—Sí, hace muchos años.

—¿Conoció el «Tacoma»?

—¡Oh, claro...

—¡Otro trago!

Morgan pareció interrumpir al prisionero. Le bastaba lo que dijo. Le pasó el vaso urgiéndolo, ante la sorpresa de Rosales.

—Adams me dijo que se llama Evans.

—Sí, Peter Evans.

—¡Pobre gringol —agregó, dirigiéndose a Rosales—. Es mejor que no tome más. Salud, mi viejo.

—Sí, es mejor que no tome.

—Pero usted sí. Usted es la autoridad.

—Bueno, yo...

—Salud, mi cabo.

El capitán Morgan bebió varios tragos con el policía y volvió al mostrador.

—¿Qué opina usted de ese hombre? —preguntóle a Adams.

—Me da lástima. Me parece bueno. Quizás qué le habrá pasado que mató al ovejero. Lo que sé, es que era enemigo de la violencia, aunque siempre andaba armado.

—Eso es lo extraño. Yo también ando armado. Aquí llega mucha gente de todas partes, y uno no sabe qué clase de tipos son. Yo no confío en nadie.

—Yo tampoco. Siempre tengo un revólver a mano y entreabrió el cajón del mostrador, para mostrar un «Smith y Wesson» del calibre 32.

El capitán Morgan observó por los cristales de la ventana, que ya estaba oscuro. Había terminado el trabajo. Dos o tres personas entraron en el bar. El paco Rosales, en un rincón saludaba alegremente. Estaba locuaz. Charlaba con su prisionero y reía. Morgan advirtió que le daba palmadas en la espalda.

El marino volvió al rincón donde estaba el policía.

—Yo ya no espero más, Rosales —le dijo—. Tu cabo Bravo ha demorado mucho. Si resuelven mandar el prisionero, háganme avisar a bordo. Yo los esperaré hasta las 10.

¿Por qué no se queda un ratito más? Esperemos diez minutos.

Morgan parecía indeciso. Accedió al fin:

—Bueno, diez minutos; pero me acompañará a tomar el último trago. ¡Adams! Dos whiskys.

—A mí, vino.

—Tome bueno. Acompañeme.

—Bueno. Para no despreciar.

Llegó el viejo Adams, transpirando. Puso dos vasos sobre la mesa.

—Al preso nada —dijo Morgan—. Está bueno. ¿Cuánto es? y le pasó dos billetes. El policía hizo un gesto de desagrado. El whisky le quemaba la garganta.

—Pongámosle agua —propuso.

—¿Está loco! Es echarlo a perder. ¿Le pone agua al vino?

—No, claro.

—¿Entonces?

Bebieron apresurados. El capitán se despidió:

—No se olvide. Dígale al cabo Bravo que me iré a bordo. Allí los esperaré, si hay novedades. Si alguien tiene que acompañarlo, tendrá todas las comodidades.

Le golpeó amistosamente el hombro al policía. Luego miró al preso y le dijo:

—Good luck. Y se dirigió al mostrador. Estuvo un momento conversando con Adams, encendió la pipa, bebió otro whisky y partió. Afuera reinaba completa oscuridad.

Entraron dos hombres a la cantina. Se acercaron al mostrador y pidieron vino. Cuando Adams ponía las botellas en la bandeja, sonaron los vidrios de la ventana, que se derrumbaron al impacto de una piedra. La gente se sorprendió y miró asustada. El policía se puso de pie sumamente extrañado. Se oyeron dos disparos. Después de un corto silencio un tercero. La gente huyó atropellada afuera. Pero, en la oscuridad no atinaba qué hacer. Se oyó la voz del capitán Morgan, que gritaba:

—Son dos indios. Están armados de cuchillos. Arrancaron hacia allá, al hotel de Henkes.

—¿Dónde Henkes? ¡Vamos por ellos!

Salieron varios hombres corriendo. Tras ellos el guardián Rosales. Morgan lo observó. Trastabillaba. Disparó dos tiros al aire, mientras gritaba:

—¡Atájenlos, atájenlos, que allá voy yo!

Morgan volvió a la cantina. En la puerta encontró al prisionero. Indeciso, espantado, no sabía qué hacer.

—Venga —le dijo el capitán—, apresúrese. Y fuera del alcance de la luz, agregó: —Detrás de la casa, al lado de la roca grande, hay un chinchorro varado. Métase adentro y tápese con la lona. Yo lo esconderé a bordo. No, no me pregunte por qué. Vaya y apresúrese. Después voy a explicarle. Quédese ahí aunque sea una hora. Hasta que yo vuelva.

El hombre, confundido, murmuró unas palabras de agradecimiento y, apresurado, se perdió en la noche. Morgan corrió hacia el hotel de Henkes, donde se oía una gritería de gente y de perros.

El hotelero holandés, con un farol y revólver, examinaba el galpón y el gallinero, seguido por el policía Rosales, que con el arma desenfundada, daba órdenes, para intimidar a los fugitivos.

—No se ve a nadie. No se ve nada.

—Habrán arrancado para el cerro.

—¿Qué habrán venido a hacer?

—¿Serán parientes de los indios que mató el ovejero?

—¿No habrán venido a rescatar al gringo?

—¡De veras, el gringo! ¿Dónde está el gringo?

Rosales se alarmó. Había dejado solo al prisionero. No; parece que se lo encargó a alguien. Pero... malditos tragos. No recordaba bien. Corrió al hotel de Adams. La casa estaba iluminada. La puerta de la cantina abierta. Adams tampoco estaba.

—¡Mister Adams! ¡Mister Adams! Se arrancó el preso.

—¡Se arrancó el preso!

—No puede ser, no puede ser. No debe estar lejos.

—Yo lo acompañaré —se ofreció el capitán Morgan—.

—Necesito una caja de balas. Adams, traígame una caja de balas. Esta noche tengo que matar a dos tehuelches y a un gringo.

La búsqueda duró casi una hora. El mismo Rosales, con la mente aclarada, se convenció de la inutilidad de los esfuerzos.

—Debemos buscar de día —dijo—. Voy a ir hasta la comisaría a avisarle a mi cabo Bravo lo que pasó. ¿Dónde está mi caballo?

Momentos después se perdía en la oscuridad, por la tortuosa huella, a todo galope, hacia el Oeste. Mientras tanto, el capitán Morgan bebía un whisky más junto al mostrador.

—Tendrá que reponer pronto ese vidrio —le advirtió a Adams De ese lado pega el viento.

—¿Quién lo habrá roto? —le preguntó el hotelero, mirándolo fijamente.

—Quizás. Lo que sé es que no fue usted, ni fue tampoco el preso. Hay que tener cuidado con los bloody indios. Ahora me voy, pero déjeme unas balas, por si me atacan en el camino a la playa.

—¿Quiere que lo acompañe un hombre?

—¡Oh, no! Iré solo. Muchas gracias.

El capitán Morgan siguió por el sendero hasta la playa. En la bahía se veía la silueta del barco iluminado. Una leve claridad llegaba hasta las rocas. Ubicó el chinchorro.

—¡Evans! ¿Está usted ahí? —preguntó en voz baja.

—Sí. Pensaba que ya no vendría.

—Vale la pena esperar. Tuve que quedarme hasta que se fuera el guardia. Ahora está claro. Sólo tiene que acurrucarse bien bajo el castillo, a proa, para que no lo vean al llegar. Yo mandaré al timonel de

guardia a que desaparezca un rato, y usted subirá para ir directo a mi camarote.

—¿Por qué hace usted esto?

—A bordo hablaremos.

El capitán tomó los remos y comenzó a bogar al paso, hacia su barco. El chinchorro avanzaba en demanda del «Keel Row», exornado de luces. Continuaba la calma. Cuando atracó a la escala se asomó el timonel.

—Aló, capitán. ¿Algo nuevo? ¿Qué pasó en tierra?

—Una rosca con unos indios, que rompieron los vidrios del hotel. Se arrancó un preso. En fin, un alboroto. Cosas del trago.

Al llegar al portalón, agregó:

—¿Me puedes preparar una buena taza de café? Anda, que yo amarraré el chinchorro.

—Sí, pero ¿no va a cenar?

—Comí en tierra. Baja a pedirle café al mayordomo.

—Muy bien.

Mientras el timonel desaparecía, Morgan llamó por lo bajo:

—Ya, Evans, suba rápido. Sígame. Por aquí. Entre. Y ya en el camarote, recomendó: —Espéreme una media hora. Puede sentarse.

El capitán echó llave a la puerta y bajó al comedor. Mientras tomaba café, tuvo que contar, con detalles y a su manera, los sucesos ocurridos en tierra. Su escaso auditorio hacía gestos de admiración.

Cuando subió a cubierta, eran las 10 de la noche. Miró hacia la costa. Se veían las luces de las ventanas de los edificios. El hotel de Jim Adams se distinguía claramente. Imperaba gran silencio, como si en todo el día no hubiese ocurrido novedad alguna. El capitán aspiró con fruición la salcedumbre del aire de la noche. No sentía el olor a lana y a oveja que le molestaba en tierra. Vio que el timonel estaba apostado en el portalón. Subió los últimos peldaños hasta el puente, y extrajo el llavero del bolsillo. Mientras abría, lentamente, miró a su alrededor, asegurándose de que no era observado, y penetró, tranquilo. Evans lo aguardaba. Quedó mirándolo nervioso, con asombro.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué me trajo usted así? —preguntó el evadido.

Morgan sacó un sandwich del bolsillo y se lo entregó:

—Coma —le dijo—. Apostaría a que no ha probado un bocado desde hace horas.

—Desde la mañana.

—¿No ve?

Luego abrió el armario y extrajo una botella de whisky y dos vasos. Mientras servía, iba diciendo.

—Espero no haberme equivocado. De lo contrario no valdría la pena hacer lo que estoy haciendo.

—No comprendo.

—Sé que usted mató a un ovejero, que había asesinado a una familia tehuelche. Pero es cosa suya. No voy a juzgar sus motivos.

—Yo era amigo del tehuelche. El los mató de puro gusto, porque nadie castiga al que mata a un indio.

—Mi problema es otro. Usted estaba detenido y lo iban a mandar a Punta Arenas. Allí se iba a podrir en la cárcel. ¿Quién le iba a creer que mató al ovejero porque asesinaba indios? Eso no se lo iba a creer ni el juez, ni su propio abogado defensor, si lo obtuviera.

—¿Por eso me ayudó?

—Por otra cosa. Es porque creo tener una deuda de gratitud pendiente con usted.

—¿Conmigo? —Evans lo miró asombrado, como si le planteara el mayor de los absurdos.

—Beba. Está bueno el whisky. En tierra le habría ofrecido más, pero había necesidad de disimular. Creo que lo traté bien.

—Pero...

—Usted aceptó que fue marino...

—Sí, pero hace muchos años.

—¿Contramestre del «Tacoma»?

—¡Oh, sí! Pero hace mucho tiempo, por ahí por 1890...

—¡El contramestre Evans! Supe que todos lo querían. Que era muy bueno. Un hombre así, no puede ser un asesino.

—No soy asesino. El me provocó...

—Lo que sea. Volvamos a lo que me interesa.

—Sí. Lo escucho.

—Fue en ese tiempo, más o menos, en 1889, para ser más exacto, el «Tacoma» navegaba de Inglaterra a Valparaíso, y poco antes de llegar a las islas Falkland, donde recalaría, lo sorprendió un temporal.

—¡Oh! Siempre teníamos temporales.

—Pero esta vez cayó un hombre al agua.

—Creo que sí.

—Era un hombre joven. El tercer piloto. Cometió una imprudencia. Atento a la maniobra, se descuidó, y un golpe de mar lo arrojó al agua.

—Sí, claro. Y echamos un bote.

—Y usted como patrón ¿Se acuerda?

—Sí, me parece —cerró los ojos, meditando—. Sí, yo iba como patrón, pero lo salvamos.

—Lo salvaron. Claro que lo salvaron. Pero eso costó mucho. Tanto que estuvieron a punto de abandonar la empresa. El viento soplaba con demasiada fuerza y les impedía acercarse al náufrago, que desfallecía, nadando desesperado. En un momento se creyó perdido. Pero, tras duro remar estuvieron muy cerca de él y el viento los separaba de nuevo. Sin embargo alcanzó a ver los ojos azules del patrón y oyó su vozarrón de marinero, que le gritaba, animándolo:

—We don't abandon you.

El capitán hizo un corto silencio, emocionado. Llenó de nuevo las copas de whisky y contempló el evadido con ternura. Evans estaba mudo. Lo miraba fijo, anhelante.

—Han pasado más de veinte, algo así como 23 o 24 años y todavía recuerdo con emoción esos instantes, porque ustedes no me abandonaron.

—¡Pero... usted! —tartamudeó el viejo.

—Sí, yo soy Morgan, el piloto del «Tacoma». Yo soy el hombre que al borde de la muerte, le oí gritarme, frenético, dándome alientos para luchar contra las olas, aquellas palabras que no he olvidado jamás: «No te abandonaremos».

Tras una pausa, hizo girar el vaso entre los dedos y luego volvió al tema:

—Por eso, cuando lo vi en el hotel de Adams, observé sus ojos azules, que también expresaban asombro. Y entonces resolví hacer lo que hubiera hecho todo hombre digno. No podía abandonarlo, cualquiera que hubiese sido el motivo de su desgracia.

Peter Evans guardó emocionado silencio. Dijo al cabo. No sé qué decir. ¿Qué piensa hacer ahora

conmigo?

—Zarparemos mañana. Usted permanecerá en mi camarote hasta que lleguemos a Punta Arenas. No le faltará comida ni bebida y le proporcionaré ropa nueva. Después le será fácil embarcarse en una goleta, de esas que viajan a Tierra del Fuego. Usted se cambiará nombre, como lo han hecho tantos ya, y comenzará una vida nueva. Cuando pase algún tiempo, lo tomaré a bordo conmigo, de timonel o de cualquier cosa. Lo importante es salir del paso ahora.

Evans lo miró sonriendo:

—Confieso que me había olvidado de usted. Pero ahora lo recuerdo. Veo que no ha cambiado. Me agrada servir a sus órdenes. ¿Me contará cómo llegó a Punta Arenas? A mí me dejó un barco, hace veinte años, cuando me quedé dormido, totalmente borracho, en un quilombo de la calle Coquimbo.

Y rió estrepitosamente.

